



## Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

24 | 2022

¿Qué pasado para el porvenir? Historias y tiempos de la literatura

---

# La crítica cambia la historia

*La critique change l'histoire*

*Criticism changes history*

Marcelo Topuzian

---



### Electronic version

URL: <https://journals.openedition.org/lirico/12058>

DOI: 10.4000/lirico.12058

ISSN: 2262-8339

### Publisher

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

### Electronic reference

Marcelo Topuzian, «La crítica cambia la historia», *Cuadernos LIRICO* [En línea], 24 | 2022, Publicado el 12 junio 2022, consultado el 12 junio 2022. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/12058> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.12058>

---

This text was automatically generated on 13 June 2022.



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

---

# La crítica cambia la historia

*La critique change l'histoire*

*Criticism changes history*

Marcelo Topuzian

---

## Historia y crítica

- 1 Desde hace tiempo, las prácticas usuales de los investigadores literarios académicos pueden dividirse esquemáticamente bajo dos rúbricas fundamentales: historia y crítica. Si se suspende por un momento la pregunta por la especificidad literaria de estas prácticas que comparten con los investigadores de otras áreas de las humanidades, se puede simplemente afirmar que los investigadores literarios deben tanto narrar el pasado como analizar e interpretar textos. Estas actividades dominan sus tareas, aunque no siempre con la misma importancia ni en la misma proporción, y a veces entran en conflicto entre sí: los investigadores interpretan textos para impugnar una forma establecida de narrar el pasado, o bien renuevan su horizonte de historicidad para problematizar interpretaciones canonizadas de esos mismos textos; y llegan incluso al extremo de cuestionar radicalmente la otra práctica –solo, siempre o sobre todo historizar, solo, siempre o sobre todo dejar hablar a los textos–, aunque nunca puedan terminar de abandonarla de plano. Sin embargo, lo usual es que los estudios literarios alcancen un compromiso o balance entre ambas –no necesariamente equiparado o estable. Las dificultades, por parte de los investigadores, para asumir la reflexión y legitimación epistemológica de la disciplina de los estudios literarios (Louis 2013), para aunar en la práctica empiria y reflexividad, dato y teoría, inducción y deducción, han tenido que ver a menudo con enfoques demasiado unilaterales de este carácter dual de sus tareas.
- 2 Es ya un lugar común afirmar que, tras la hegemonía de la crítica y de la teoría literarias entre, aproximadamente, mediados y fines del siglo XX, hoy los estudios literarios se inclinan disciplinarmente hacia la revitalización de las prácticas de la historia literaria. No se trata, sin embargo, de un renacimiento de los viejos modelos enciclopédicos, de las listas de autores y de obras, o de la delimitación de movimientos

y períodos. Las prácticas de la historiografía literaria se han renovado de tal modo, que han llegado incluso a cuestionar sus rasgos narrativos, propiciando así un estudio de las distribuciones espaciales singulares de fenómenos literarios, como los géneros (Moretti 1999), que quitan importancia a los cortes inaugurales que la historia literaria tendía a multiplicar para diferenciar períodos de corta duración (Underwood 2013) en recortes espaciales fijos y estables nunca interrogados como tales, es decir, privilegiadamente, las naciones y las lenguas nacionales. Los nuevos comparatismos en los estudios literarios han intentado desplazar estos recortes, constitutivos y a la vez inanalizables para las historias de la literatura tradicionales, nacionalmente orientadas<sup>1</sup>.

- 3 Es importante notar que incluso, sea o no, por excelencia, el de la emancipación de una nación, la idea misma de proceso histórico ha sido puesta en entredicho, al menos en el modo en que se conformó durante el siglo XIX: una continuidad individual progresiva y a la vez contingente, definida por exclusión respecto de las clasificaciones taxonómicas y afín a la idea de desarrollo orgánico propia de la biología (Welskopp 2010: 1). Lo nacional, en primer y amplio lugar, y luego las identidades colectivas en sentido más extenso han sido los campos privilegiados de realización de este tipo de proceso único y original que, por lo tanto, excluiría la posibilidad de cualquier comparación completamente acabada, aunque funde la base por excelencia de lo que se ha pensado como histórico. De este modo, el estado-nación y la cultura nacional se constituyeron como presupuestos fundamentales incomparables, inanalizados o, al menos, débilmente interrogados, para el conocimiento histórico-literario. Si bien el multiculturalismo y las disciplinas y perspectivas académicas a él asociadas cuestionaron este teleologismo injustificado, no fueron capaces de ofrecer una alternativa epistemológica y metodológicamente vinculante para pensar la historia de la literatura: el énfasis en una necesidad de contextualización radical, correlativo de un materialismo igualmente radical, por parte de los estudios culturales (Grossberg 2012: 21-75), fetichizó el aquí y ahora del acaecer de los fenómenos bajo análisis e hizo sospechoso el establecimiento de relaciones interpretativas de alcance temporal más extenso, haciendo de toda historia una microhistoria local difícil de diferenciar del positivismo más facticista y desprovista de criterios específicos de selección, valoración e interpretación de sus objetos.
- 4 El idealismo de la vieja historia literaria fue una vez también objeto de ataque privilegiado de la ya también vieja teoría literaria, como lo ilustran las polémicas en que se vieron envueltos primero Iuri Tinianov y luego Roland Barthes; pero hoy se tiende a evitar a partir del rechazo de cualquier teleología de la cultura y del Estado nacionales –como acervo encarnado en una lengua y un canon literarios, y modelo dominante de organización política y administrativa derivado de teorías eurocéntricas de la modernización, respectivamente. Al mismo tiempo, la materialidad de los objetos de análisis ha pasado a concebirse sobre todo bajo las figuras del archivo (Farge 2013, Mendoza 2019) y también del patrimonio cultural material e inmaterial (Uccella 2013), pero ya no de sus rasgos escriturarios, textuales o incluso lingüísticos y verbales, que eran los que permitían, a pesar de todo, seguir subsumiéndolos bajo una lengua literaria nacional<sup>2</sup>, y por lo tanto bajo una determinada distribución disciplinar estable. Por lo tanto –y correlativamente–, la teoría literaria debe hoy renovar sus objetos privilegiados de interés: la relación crítica de lectura con la especificidad textual o verbal de sus objetos debe ceder su lugar a una metarreflexión sobre las prácticas de la

historiografía literaria y de la comparación, dado que aquella tiende cada vez menos a considerarse equivalente de la elaboración de historias de las literaturas nacionales.

- 5 Es primordial no confundir esta renovación de sus objetos, tras el tembladeral epistemológico a que la teoría los sometió, con la desaparición de ésta y la inauguración de un período de “ciencia normal” en los estudios literarios. Nada hay de normal en los recortes presupuestarios que hoy los afectan, como resultado de los giros corporativos de la educación superior que se aprovechan de la crisis en la valoración social de imaginarios y patrimonios nacionales intangibles –y su puesta al servicio de las industrias del turismo cultural y la enseñanza de idiomas–, crisis que afecta las percepciones sociales de la función y el valor de las humanidades académicas; ni en los efectos más concretos de esa crisis sobre las prácticas y métodos de docentes e investigadores. Por otro lado, en un contexto de crisis de las instituciones y los consumos culturales diferenciales de las viejas élites cosmopolitas, la posibilidad misma de una valoración estética entendida como juicio universal o tendiente a la universalidad que respaldaba la canonicidad de los objetos de la historia de la literatura se ha visto erosionada por la proliferación de comunidades de gusto segmentadas y locales que, sin embargo, han dado lugar todavía a escasas historias temáticas desde esas perspectivas situadas. Por lo tanto, la vuelta a la historia de los estudios literarios difícilmente pueda pasar por ninguna “nueva normalidad” en un momento en que el sentido y el valor de la historia de la literatura están, como nunca, en entredicho; por ello, es importante comprender cuáles son sus condiciones actuales de posibilidad para que las Humanidades académicas puedan incorporarse con argumentos propios a estas discusiones recientes.
- 6 Cabe entonces preguntarse en qué podría consistir una teoría literaria, una teoría de la crítica, que no conceda ya a las relaciones entre sujeto, sentido, lenguaje y texto el rol protagónico absoluto que poseían durante el último apogeo de aquélla, y, en cambio, se interese por cuestiones más cruciales para la historiografía: por la comparación, por el tiempo, por el espacio, por otro modo de entender las formas y por las relaciones entre todas estas cuestiones. Una opción es responder que verdadera teoría literaria solo era la primera, y que por lo tanto se halla definitivamente muerta hoy, en un contexto que ha rehabilitado, aunque remozada y reflexivamente, muchas de sus *bêtes noires* de entonces. Pero hay muchas otras posibilidades.

## Larga duración, extensión espacial y comparación

- 7 Aquí exploraremos una. En este trabajo, se esbozará un análisis de las condiciones en que se ha intentado rehabilitar recientemente, para los estudios literarios, tanto la larga duración historiográfica como la extensión y la circulación espaciales ampliadas. El problema fundamental consiste en cómo hacer congeniar esta perspectiva historiográfica comparatista generalizante –y con pretensiones universalistas, incluso– con la crítica entendida como estudio intensivo de objetos textuales particulares. La filología, como perspectiva y metodología lingüística y, a la vez, historiográfica, encontró en la lengua nacional el elemento mediador fundamental para llevar a cabo esa tarea. ¿Es posible, hoy, en el contexto pos- o decolonial de los nuevos comparatismos, del giro material y archivístico, y de las “humanidades digitales”, imaginar alternativas a ese proyecto?

- 8 Para empezar, una nueva teoría de la historia literaria solo puede surgir de una revisión crítica y una puesta a prueba real de las tradiciones de investigación, tanto las centradas exclusiva o privilegiadamente en la nación como las de la literatura comparada. En otra parte me referí a algunas implicaciones de una tarea tal (Topuzian 2017), de la que la teoría poscolonial y otras corrientes dentro de los estudios culturales constituyen antecedentes insalvables. Aquí me dedicaré a explorar la comparación de muchos casos y a gran escala. Lo haré desde el siguiente punto de partida: una revisión sumaria de las lecciones para la historia literaria de la disciplina académica de la historia comparada, no siempre prestigiada entre los historiadores y objeto frecuente de polémicas y rechazos. A diferencia de la tradición de la antigua literatura comparada, el problema fundamental de la historia comparada consistió desde el principio en descubrir qué amerita ser un objeto de estudio comparativo (Welskopp 2010: 13). Una tradición que siempre había sido acompañante no conflictiva de la filología de las diversas lenguas nacionales y hecho posible –o, al menos, nunca impedido– el extremo de rastrear similitudes de cualquier tipo entre obras amparada en un supuesto estatuto universal de lo literario a menudo inanalizado y siempre en segundo plano. En el caso de una investigación histórica hecha en profundidad, el objeto no puede ser definido como un *a priori*, y su caracterización exige ajustes que terminarán de definirse en el proceso mismo de la comparación. Nos encontramos, por ejemplo, lejos –en el ámbito de la historia comparada– de la presuposición de que la comparación deba partir de objetos textuales discretos predefinidos y delimitados, o sea las obras, como tendió a suponer la literatura comparada de orientación filológica. Por otro lado, la historia comparada ha puesto en primer plano las diferencias, por un lado, entre comparar rasgos o predicados de un objeto dado como estable, y, por el otro, comparar procesos de cambio y transformación históricos en la conformación de esos objetos: ¿cómo sería una historia literaria comparada que no pueda recurrir a la estabilidad de la referencia a obras y autores, especialmente en un momento, como el actual, en que la renuncia a grandes títulos y nombres canónicos –en un canon que ya incluye indefectiblemente a minorías de raza, género y clase– parece la peor estrategia de mercadotecnia en un ámbito de investigación en que el valor tiende a escurrirse entre los dedos del estudioso?
- 9 Para repensar la historia literaria es imprescindible plantearse la pregunta sobre qué vuelve legítima una comparación en la investigación. ¿Cómo se puede diferenciar la comparación como un recurso científico productivo y valioso de una operación forzada y artificiosa de sometimiento de fenómenos heterogéneos y multiformes a un saber ideológico impropriamente totalizante, si, al fin y al cabo, todo objeto comparativo termina de construirse en el proceso mismo de la comparación y no le es exterior? ¿Y qué conclusiones metodológicas se pueden extraer de las respuestas a estas preguntas, sobre todo en relación con el manejo ampliado de datos y de material empírico que implica todo trabajo historiográfico?
- 10 Una primera aproximación a estas cuestiones se puede encontrar en el trabajo pionero –de 1984– de Charles Tilly: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Tilly presenta su trabajo como una contribución dentro del campo de la sociología histórica para deshacerse de las teorías de la organización y del cambio sociales heredadas del siglo XIX, a partir de su contrastación con evidencia empírica radicalmente ampliada que hasta entonces se pensó que nunca se iba a poder obtener en relación con los procesos sociales de largo plazo –razón por la que la tradición

sociológica tendió siempre a privilegiar la comprensión por sobre otras operaciones de conocimiento, es decir, los recursos considerados más propios de las Humanidades– y que, por supuesto, resulta aún más accesible a propósito de fenómenos actuales, digitalización mediante, como se verá en un momento. En tanto historiador de la formación del Estado Moderno, Tilly, también autor de *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, usa los datos para cuestionar las narraciones históricas idealizadas por parte de la sociología a través de las teorías de la modernización (Welskopp 2010: 7), que entiende como meras contribuciones de la disciplina a la defensa del orden y los poderes constituidos, y formula, incluso, “ocho postulados perniciosos” que el pensamiento social del siglo XX –Tilly menciona a Durkheim, Tönnies, Weber y Marx– dedujo a partir de una pre-comprensión apresurada y errónea de las características de los procesos sociales que tuvieron lugar en el siglo XIX (Tilly 1991: 26-28).

- 11 Algunos aspectos de estos postulados podrían muy bien aplicarse a las operaciones más clásicas de la historia literaria y de la literatura comparada, con el objeto de alumbrar opciones metodológicas alternativas dentro de la disciplina. Por ejemplo, cuando se plantean como problema las relaciones entre literatura y sociedad, se tiende a pensar que la sociedad es –como se supone también de la literatura– una unidad autónoma completa, cuyos límites, implícitamente, son siempre nacionales. Además, se ve en el cambio histórico un fenómeno coherente que se puede explicar en bloque y supone etapas progresivas: de esta condición se desprenden las ideas mismas de periodización literaria y de modernización en literatura, una cadena de postas o mojones que toda literatura que se precie de moderna debería atravesar. Por último, estos procesos consisten siempre en diferenciaciones, implican la diversificación en esferas de un campo inicialmente indiferenciado, como en el caso de las teorías de la institucionalización autónoma de la literatura.
- 12 Frente a la necesidad u obligatoriedad de la elaboración de modelos especulativos en las generalizaciones empíricas en el campo de las ciencias sociales y humanas, Tilly destaca y revaloriza los alcances críticos de la posibilidad de respaldarlas en datos concretos, aunque estos sean muy vastos y, a menudo, de difícil acceso y recopilación. En pocas palabras, Tilly sostiene que la historia y la sociología pueden construir análisis concretos y empíricos de procesos y sistemas muy grandes sin necesidad de recurrir de forma exclusiva o privilegiada a operaciones de modelización previa, es decir, sin partir de articulaciones *a priori*. Esto no supone ningún desorden o imprevisibilidad absolutos, ya que las secuencias del suceder histórico restringen las posibilidades posteriores, aunque no estén definidas de antemano. Por último, las propuestas de Tilly dejan abierta la posibilidad de variar la extensión y alcance de los datos, así como también la escala de las comparaciones, en función de cada propósito historiográfico específico.

## Análisis digital cuantitativo

- 13 Ya es un lugar común señalar que estas propuestas que Tilly formuló hace más de treinta y cinco años han cobrado una verosimilitud aún mayor gracias al desarrollo de herramientas de análisis digital de la información, aquello que, en el ámbito de los estudios literarios, se ha configurado bajo algunas de las acepciones de las llamadas “humanidades digitales”. A la gestión de grandes volúmenes de datos, que pueden hoy incluir, por ejemplo, miles de textos completos de novelas, se agrega la posibilidad de manejar como datos aspectos de los fenómenos de los que antes se consideraba que solo

podían tenerse experiencias cualitativas<sup>3</sup>. Aquí también se trata de cómo cuestiones, por ejemplo las del sentido y el valor, que parecían estar sujetas a los métodos hermenéuticos propios de las humanidades y de las ciencias sociales –y a sus comunidades académicas de expertos e intérpretes–, se empiezan a poder estudiar también a partir de la recopilación de información y de su análisis a través de herramientas digitales, y, sobre todo, del establecimiento de relaciones más claras y explícitas entre ambos métodos de estudio.

- 14 Está claro que esto no constituye una novedad tan radical como parece para los estudios literarios. Pueden contarse como antecedentes las perspectivas cuantitativas dentro de la sociología de la literatura, como la de Robert Escarpit. Pero tanto Franco Moretti como Lev Manovich han llamado la atención sobre cómo este análisis digital cuantitativo haría justicia a la diversidad y variabilidad de los objetos, permitiendo no tener que detenerse solo en lo masivo, en lo típico o en lo canónico, como sucedía en el caso del sociólogo francés. Hoy en día, las herramientas digitales permiten manejar una gran cantidad de datos sin que esto implique estudiar solo lo masivo en literatura, las grandes tiradas y los consumos populares. Cada vez más se puede intentar probar o refutar empíricamente muchas de las hipótesis generalizantes acerca de las formas y los géneros literarios antes consideradas simplemente estéticas, en el sentido específico de “del orden del gusto social”. Esto permitiría realizar efectivamente la propuesta de Franco Moretti, desarrollada luego también por Matthew Jockers: analizar realmente “the Great Unread” o “la enormidad de lo no leído” (Moretti 2000: 65), todo lo creado por todos, sin establecer cortes, más o menos arbitrarios, entre canónico y no canónico, entre artístico y no artístico, entre profesional y no profesional, y trabajar así con la cultura como podrían hacerlo, con sus materiales, la lingüística y la biología. En una misma sintonía, Manovich sostiene que, con estas herramientas, todo análisis de la cultura deviene intrínsecamente sociológico (8) y echa por tierra cualquier pretensión de restringir la cultura a algún tipo de elite y, con ello, todas sus categorías justificatorias asociadas, especialmente las de obra, autor y estética puramente individuales. Manovich propone que los modelos surgidos del análisis de las redes sociales –que hoy cuentan con un impulso avasallante– pueden servir para generar herramientas de análisis cultural distintas a aquellas que las humanidades y las ciencias sociales produjeron cuando estaban restringidas a “datos altamente selectivos y no representativos” (7) –en nuestro caso, al canon, sea el occidental o el ampliado como consecuencia de la política inclusiva de identidades–, a aquello que Manovich denomina *small data*, y distingue no solo de *big data*, que, para él, es un término demasiado general, sino también de *long data*, que consiste en el manejo de muchos casos, incluso infinitos, pero con variables muy limitadas –Manovich ejemplifica a través de la definición de clase social según Marx: toda la población dividida en poseedores o no de los medios de producción–, y de *wide data*: un gran número de variables, incluso infinitas, en un número fijo de casos (12-13), una opción quizás aún más interesante para los estudiosos de la literatura.
- 15 La sociología de la cultura se convierte así en una perspectiva dominante en las humanidades, dado el carácter inmediata y generalizadamente compartido y reticular de los fenómenos culturales contemporáneos. Sin embargo, al mismo tiempo, las herramientas de análisis digital hoy y en el futuro inmediato disponibles transforman la manera en que la sociología tradicional entendía los límites entre lo general y lo particular. La alejan de la inevitabilidad de la generalización inductiva, formalizante y



especulativa de menor o mayor alcance, y la acercan a temas y prácticas anteriormente asociados con las humanidades, relativos a lo individual, lo singular y lo expresivo. Así, alteran completamente la idea de que la representatividad de una generalización dependerá siempre de los mayores tamaño y alcance de la muestra, y de su abstracción. Lo social y la sociedad, como ya sostenía Tilly –y hoy, típicamente, Bruno Latour, como se verá luego– no se constituyen como un campo de estudio definido ya en sí mismo y, por tanto, objetivamente específico, integrado y autónomo, sino que todo pasa a depender de la escala que se elija para el manejo de datos: se pueden comparar fenómenos en regiones y países enteros, pero también en dos pueblos, dos barrios o dos individuos. Y esto depende de los datos recogidos y los propósitos del investigador: hay ámbitos en los que el estado-nación puede seguir siendo pertinente como contexto fundamental –la historia de las instituciones, por ejemplo–, y otros que pierden su sentido si no se lleva a cabo algún tipo de conexión transnacional –por ejemplo, la historia de las formas, de los procesos económicos y de los mercados. Se puede analizar grandes masas de datos, pero de casos individuales –por ejemplo, las obras de un autor, si el investigador lo prefiere o requiere–, aunque lo más interesante sea ahora, quizás, detectar los “outliers” (Manovich 2016: 9), los casos realmente singulares en relación con el conjunto<sup>4</sup>. Del mismo modo, la interpretación y la explicación (de textos, por ejemplo) dejan de ser las tareas principales –si no las únicas– del crítico investigador; este puede describir los rasgos de su objeto con una profundidad y un detalle antes impensables –al menos, para textos no hipercanónicos. En pocas palabras, la escala y la perspectiva del análisis no están inscriptas de antemano en el marco disciplinar, aunque tampoco están sujetas al libre albedrío actual del investigador: están atadas al modo mismo en que se construye el objeto de investigación, liberado de prejuicios ligados a limitaciones metodológicas previas. Y, a diferencia de lo propuesto inicialmente por Franco Moretti, Manovich sugiere que una investigación como esta no debe buscar ante todo la formulación de leyes formales deterministas –de la evolución de los géneros, por ejemplo–, sino que vuelve más atractiva para las humanidades otras modalidades de producción de conocimiento, como la estadística y la creación de modelos y simulaciones, es decir, otros modos de conocer la historia.

- 16 Puestas en manos del investigador la escala y la dimensión del conjunto, se puede aumentar el número de variables en juego, incluso por encima del número de casos, de modo que no sean ya solo las tres o cuatro de las que tradicionalmente disponía la historiografía literaria: tiempo, localización espacial, género literario y, quizás, medio o soporte. La generalización y la comparación ya no se reducen al rastreo de analogías o similitudes entre casos –el método de búsqueda de invariantes de la literatura comparada clásica–, sino que apuntan a cuestionar, como ya sugería Tilly, el sentido común a propósito de algún fenómeno, resultado, habitualmente, de dar por fijada una variable –típicamente, en la historia literaria, la institución de la literatura como fenómeno considerado impropia o paradójicamente más o menos eterno e inmutable– y, por ello, de excluirla del análisis. ¿Qué puede hacer la historia literaria si su objeto privilegiado deja de ser el rastreo de patrones a partir de pocas variables en series de datos abiertas, y se abre ella misma a la invención de nuevas formas de organizar los datos y, así, comprenderlos? Iría, sin dudas, más allá de una recopilación restringida a lo más representativo y lo más egregio, o, al menos, permitiría discutir con más claridad y razón qué entendemos por representatividad y por valor en el ámbito de la crítica y la investigación literarias.



- 17 Por supuesto, nada de esto implica que ahora los investigadores literarios deban servirse sola u obligatoriamente de herramientas informáticas. Lo más interesante de estas propuestas es la apertura a nuevas formas de entender lo que pueden hacer cuando investigan y también por qué lo hacen. Es cierto que esos recursos por ahora han mostrado resultados no muy espectaculares, y solo en el manejo y rastreo de un gran número de obras, realizando los sueños totalizadores de la sociología de la literatura y de la literatura comparada tal como las hemos conocido hasta ahora. Esto es lo que, efectivamente, puede encontrarse en los trabajos reunidos en *Literatura en el laboratorio* de Moretti y varios colaboradores del Stanford Literary Lab y de las publicaciones, en el mismo sentido, de Matthew Jockers. Sin embargo, como sostiene Manovich, las posibilidades hoy apenas entrevistas van mucho más allá. En principio, ya es un gran avance poder establecer tipos generales que no sean hipóstasis especulativas en el nivel del macroanálisis de fenómenos históricos individuales específicos, porque esos tipos, como etiquetas, tienden luego a pasar por fenómenos de existencia empírica real, siendo solo tipos ideales. Al contrario, se abre la posibilidad de que, a partir de un respaldo empírico más amplio, esos tipos tengan un valor heurístico e interpretativo real, y sirvan como verdadero marco de referencia que haga más significativo el análisis de fenómenos concretos, en lugar de imponerles un corsé categorial genérico o periodológico. Este corsé consiste, en realidad, en una medida valorativa de avances y retrocesos respecto de un supuesto “modelo terminado” de modernidad literaria, y así compara asimétricamente centros y periferias según su mayor grado de conformidad respecto de un modelo que coincide siempre con el centro. Un verdadero *tertium comparationis* no puede ser sino una herramienta interpretativa construida en la investigación, y no un fenómeno empírico elevado, por pura prepotencia de hecho consumado dominante, al estatuto de lo ideal y lo trascendental –es decir, de un único nivel de generalización (el de la antigua historia de la literatura universal o mundial) a partir del contraste entre el plano de las categorías histórico-literarias y el vasto campo de los casos empíricos–. No puede constituirse a partir de un modelo abstracto y formalizado de uno solo de los términos o contextos de análisis comparado, ni debe poseer contenido normativo alguno, ni disponer así, por lo tanto, un conjunto generalizado de desviaciones, anormalidades, o versiones fallidas – en cierta medida, todos los casos concretos. Es posible entonces articular diferentes niveles de generalización y consiguiente corrección empírica en la producción de modelos historiográficos durante la investigación–.
- 18 Pero el árbol no debe tapar el bosque: las cosas que pueden –y podrán– hacerse con las herramientas digitales no deben hacer perder de vista la discusión primordial sobre qué se quiere hacer hoy en los estudios literarios. Es cierto que el análisis léxico, el de la puntuación y el de la segmentación se facilitan con los dispositivos informáticos, y permiten un análisis “estilístico” renovado de amplísimo alcance y empíricamente respaldado (Moretti 2018: 16), pero quizás no es esto lo que más debería interesar hoy, más allá de la satisfacción del deseo perenne de la crítica filológica por la comprobación empírica, que es lo que, de hecho, ha sucedido en la mayoría de los análisis de este tipo hoy disponibles: a diferencia de lo que sucedía con el uso crítico y polémico de los datos históricos globales en la obra de Tilly, por lo general los resultados de aquellos han tendido a confirmar, más que a cuestionar, las conclusiones de la historia literaria “especulativa” o hermenéutica.

- 19 En una entrevista reciente (Heise 2017), Franco Moretti toma distancia respecto de que los dispositivos informáticos puedan por sí solos cambiar la disciplina de la historia y los estudios literarios, y sostiene que, más bien, intervienen solo en el plano del archivo y de las herramientas de análisis, pero no en el de la conceptualidad. No han dado lugar, por lo tanto, a un cambio de objeto de estudio comparable al que produjeron en la historiografía, por ejemplo, los métodos y los principios de la escuela de los *Annales*, que promovieron un florecimiento de la historia social: la historia literaria, más allá de la ampliación exponencial de la accesibilidad de los corpus y de la gestión y administración masiva de sus materiales, sigue trabajando sobre los mismos objetos, según Moretti: la novela como género, por ejemplo<sup>5</sup>. Moretti reclama para la historia literaria la revolución de los datos que, a propósito de la sociología histórica o de la historia comparada, ilustramos más arriba con las posiciones de Charles Tilly; pero destaca que todavía el impacto de esta vertiente dentro de las humanidades digitales tiene más predicamento en el campo de la teoría literaria. En efecto, ante la cuantificación y la gestión masiva de datos, se plantean problemas prácticos que tienen consecuencias teóricas: primero, qué del material de que se dispone se puede manipular como dato cuantificable; luego, cuáles de esos tipos de datos proporcionarán más información; y, finalmente, qué propósitos generales de la investigación en historia literaria se verán satisfechos por esa información. Moretti se ha mostrado últimamente más permeable a la posibilidad de cuantificar cualquier rasgo, sea formal, cultural o político, para historiar la formación de un género, pero siempre ha destacado la importancia de elaborar una base teórica realmente general, unitaria y que valga para todos los casos, los canónicos y los no canónicos.

## Propuestas prospectivas

- 20 Previendo un desarrollo ulterior todavía inimaginable de estas herramientas, quizás hoy convenga más revisar los modos teóricos en que operan las aspiraciones recientes de los estudios literarios a la generalización de gran amplitud y a la larga duración para registrar, al menos, un momento prospectivo y, quizás, libidinal de la disciplina de la historia literaria, aunque no esté acompañado todavía de realizaciones historiográficas efectivas. ¿Cómo llevar a cabo las prácticas de que ha estado hecha la historia literaria tras la revolución del registro, los archivos y la gestión de información que acabamos de reseñar, al no suponer que, simplemente, los dispositivos técnicos disponibles darán lugar por sí mismos a una transformación historiográfica? La discusión, necesariamente, pasa por la legitimidad para la disciplina de los modos propuestos de generalizar y abstraer a partir de las prácticas efectivas de lectura de textos, es decir, por los nuevos modos de plantear la relación entre historia y crítica. Es necesario volver a concebir el objeto de la indagación crítica para terminar de dar lugar a nuevos modos de hacer historia literaria. Para ello, revisaremos a continuación algunas propuestas recientes en este sentido, ordenándolas de acuerdo con la menor o mayor importancia asignada al análisis concentrado e intensivo de las obras particulares. Se trata de mostrar, con esto, qué expectativas y voliciones movilizan hoy a los teóricos e investigadores cuando se enfrentan a la posibilidad de formular hipótesis historiográficas de alcance extendido y larga duración.
- 21 En primer lugar, Alexander Beecroft, un comparatista especializado en literaturas clásicas en lengua griega y latina, toma como punto de partida de sus reflexiones sobre

literatura mundial –que surgen de una crítica razonada de las posiciones de Moretti y Casanova que las precedieron– el estatuto lúbil de lo que llamamos “forma” en el análisis literario, y, por lo tanto, su insuficiencia para constituir un plano relativamente específico de análisis. Todo depende de cómo definamos la forma (por ejemplo, el género novela): si el investigador restringe la definición, nos vamos a encontrar con más mezcla y adaptación en la periferia, pero si la definición del género es más laxa, la cuestión de la adaptación y el compromiso serán menos visibles y significativas. Tampoco conviene, como tienden a hacerlo tanto Moretti como Casanova, atar la centralidad literaria al predominio de unas formas determinadas, las nuevas, por sobre otras, dado que esto no siempre ha ocurrido a lo largo de la historia como en los últimos doscientos años. Por lo tanto, según Beecroft, no alcanza con considerar la difusión de obras y procedimientos a gran escala para poder hablar de literatura mundial: impacta más en la investigación una definición teórica formal inicial, sobre todo cuando esta se basa solo en el restringido mundo literario europeo occidental moderno, como ha ocurrido hasta ahora. Sin embargo, este teórico no parte ni de una militancia por el igualitarismo multicultural, ni de una defensa unilateral de la autonomía y del valor literario, sino que, al contrario, destaca la influencia del poderío económico y político en la circulación y difusión de la literatura; pero, al mismo tiempo, llama la atención sobre cómo ellas no siempre se dejan pensar a partir de una lógica estricta de centro y periferia como la que, para la modernidad literaria, describen Casanova y Moretti: por ejemplo, los casos de las literaturas antigua y medieval, y también probablemente la más inmediatamente contemporánea, respecto de la cual la propia Casanova se vio obligada a reconocer la existencia de centros plurales y de una radical complejización del sistema internacional (Casanova 2001: 217).

22 Si se parte, entonces, de definiciones del “arte verbal” menos restringidas a la concepción moderna de literatura, Beecroft considera posible elaborar una serie de tipos de difusión y circulación que pueden ser estudiados como entornos o ambientes para la producción literaria, según el modelo de un ecosistema más que de un sistema económico. Un rasgo definitorio para el estudio histórico y comparado del arte verbal es, según Beecroft, la manera diferente en que se relaciona con su entorno entendido como un medio ambiente que habilita o favorece algunos fenómenos en detrimento de otros; la modernidad literaria estudiada por Moretti y Casanova –y el binarismo fundante asociado de literaturas o bien autónomas, o bien nacional y socialmente orientadas– sería solo uno de los casos entre los registrables por este enfoque más amplio. Esta relación con el entorno se piensa a partir de un principio conceptual organizador, que se diferencia en los seis tipos que propone Beecroft –que no son exhaustivos, y que se pueden dar mezclados–, y que tiende a denominar “modo de producción” (2009: 90), de cuyo estudio surgirán propuestas teóricas específicas, sin pretensión de alcanzar una supersíntesis global y unificadora para todo tiempo y espacio<sup>6</sup>. La historia literaria debería entonces dedicarse en primer lugar, según Beecroft, si quiere alcanzar un grado verdaderamente amplio y legítimo de generalidad, a estudiar estos entornos de circulación de lo literario, que deberían servir de marco al análisis de las obras particulares, al que Beecroft tiende a otorgar menos importancia que a los aspectos sistémicos en sus formulaciones. La literatura –o el “arte verbal”– no funciona igual en entornos de circulación y puesta en correlación diferentes: son mundos distintos.

23 Como otro intento de articulación entre historia y crítica se puede considerar, en segundo lugar, la propuesta neoformalista de Caroline Levine, investigadora

estadounidense en estudios culturales con perspectiva de género y especializada en novela victoriana inglesa. Levine comparte un presupuesto básico que se encuentra en las posiciones de Moretti, Manovich, Beecroft y gran parte de las investigaciones contemporáneas en literatura: las formas literarias y las formaciones sociales están íntimamente relacionadas, y esas relaciones y la circulación de las formas son el objeto por excelencia de la historia y los estudios literarios. Pero sostiene que, sobre la base de una teoría de la cultura originada en cierta *doxa* marxista, su relación se ha pensado de manera unilateral, como expresión en un solo sentido: la forma literaria representa la realidad económica y social (o incluso la anticipa) a través de una mediación dialéctica. Este tipo de análisis ideológico de la literatura supone que la forma manifiesta o expresa una fuerza de carácter no- o pre-formal. Así, la ideología se conforma como propósito significativo último que ordena y hace servir a sus propósitos una diversidad de discursos y formas; pero poco se puede saber sobre cómo las formas expresan la ideología, si lo hacen siempre de la misma manera y si le son siempre igualmente permeables. Según Levine, esto es consecuencia de que lo social, lo político y lo ideológico se conciben como marco hermenéutico abarcador, relativamente estable y totalizable, y la obra literaria, como detalle enmarcado a explicar en los términos de aquel.

- 24 El poder de las formas, afirma Levine, no proviene de su afinidad o coincidencia expresiva o hegemónica con las relaciones sociales concebidas como un todo. Se puede notar aquí la influencia de la teoría de lo social como ensamblaje que formula Bruno Latour en su libro *Reensamblar lo social*: se trata de no pensar lo social como un cúmulo de sentido objetivo y fundado hermenéutica o especulativamente a partir del cual habría que pensar cuál sería la relación de la literatura con ello. Para Latour, no existe lo social como tal en su conjunto, sino solo formas de relacionar(se). Esto implica pensar de otra manera el objeto de las ciencias humanas y sociales: no como dado, sino como en sí crítico, es decir, como una operación, ella misma social, de reensamblado de un conjunto de relaciones. Por esto, Levine sostiene que la metodología del análisis formal de la literatura no tiene por qué no ser aplicable al análisis social, y que eso daría lugar a una nueva manera de pensar la relación entre literatura y sociedad<sup>7</sup>.
- 25 La teoría literaria y los estudios culturales encontraron en una reinterpretación de la obra de Michel Foucault una posible respuesta superadora a las limitaciones de las hipótesis expresivistas sobre forma e ideología: la literatura, como enunciado y como discurso, produce realidades sociales. La novela, por ejemplo, puede cumplir una función social disciplinaria, imponiendo modelos de subjetividad, de género, de identidad. De Foucault, Levine tomará la idea de que las formas, como cualquier dispositivo de poder y sus tecnologías asociadas, tienen una vida y una fuerza propias, repetitivas y anónimas, más allá de las buenas intenciones, de los grandes planes morales o ideológicos de los que surgieron. Esto hace a las formas “portátiles” (2006: 637), y así pueden cumplir funciones incluso contrarias a aquellas para las que, supuestamente, se las creó. La vida y la fuerza de las formas consisten precisamente en su poder de abstracción y generalización más allá de sus sentidos y usos puntuales.
- 26 Sin embargo, Levine considera que las epistemes foucaultianas, entendidas como “superformas” epocales, todavía rinden un tributo demasiado respetuoso al análisis ideológico en tanto siguen otorgando coherencia temporal e histórica a todos los dispositivos de poder, aun cuando no puedan explicarse ya sobre la base de los propósitos esgrimidos discursivamente para justificarlos, es decir, de sus supuestos

“sentidos últimos”. Antes que su ordenamiento en relación con el nivel “superior” de un *a priori* histórico, Levine prioriza otro aspecto del pensamiento de Foucault: la dispersión y heterogeneidad de los dispositivos, sus faltas de coincidencia, que pueden habilitar dinámicas de disidencia y resistencia, y “cursos” históricos diferentes, alternativos y coexistentes.

- 27 Levine sostiene, entonces, que las formas literarias desestabilizan las formas sociales, pero no porque intrínseca y esencialmente, de manera idealista, sean autónomas y, de por sí, críticas o desautomatizantes, sino porque las relaciones sociales ya presuponen ellas mismas sus propias formas (Levine enumera “formas de conocimiento, formas de narración, formas de subjetividad, formas del espacio, formas de circulación, formas de comunidad, formas de culto, formas de administración, formas de intimidad y formas de pensamiento”) (2006: 636), y las que consideramos literarias no siempre coinciden con ellas, dando lugar a lógicas –al menos– propias o singulares. Levine rechaza explícita y categóricamente el establecimiento de criterio alguno de diferenciación entre formas discursivas (como una retórica determinada, por ejemplo la de la novela de aprendizaje) y formas encarnadas o físicas (como las del espacio doméstico o las instituciones penales); pero retiene la necesidad de pensar su relación de manera no subordinada o expresiva en un solo sentido, lo cual le permite formular una hipótesis alternativa sobre el cambio histórico.
- 28 Los cambios sociales y literarios provienen, según Levine, de los efectos aleatorios y casuales del encuentro de formas diversas entre sí –por supuesto, como se ha señalado, no solo literarias, artísticas o culturales–. Son los desajustes o la falta de coincidencia en los cruces de las reiteraciones de las formas los que producen el cambio: “El cambio social proviene no tanto de la voluntad consciente y activa como de las aperturas que se materializan en colisiones entre formas sociales y culturales” (2006: 633). La reiteración de las formas nunca es completamente idéntica porque se da en un contexto de interrelaciones cambiantes no regidas de forma absoluta por un solo modelo macro-formal de la relación o el lazo sociales.
- 29 ¿Qué entiende Levine por forma? Inicialmente, menciona las unidades y las oposiciones binarias –las formas más clásicas en el análisis literario desde el *new criticism* anglosajón–, pero luego, en su libro *Forms*, clasifica las formas bajo las denominaciones “todo”, “ritmo”, “jerarquía” y “red”. Está claro, por lo tanto, que piensa las prácticas de análisis como lectura atenta y concentrada, teniendo la obra como modelo por excelencia del objeto de estudio, aun cuando este no se restrinja ya exclusivamente a obras literarias. Las formaciones sociales y las formas literarias se pueden pensar como patrones o dispositivos operando en un mismo plano de inmanencia, sin tener, por ello, que partir de la hipótesis de la mediación dialéctica expresiva<sup>8</sup>. La efectividad social no proviene de un sentido u intención originales que se realizan en una disposición formal dominante, sino más bien al revés: una forma estática –como típicamente, el panóptico de Bentham tal como fue reinterpretado por Foucault– puede producir dinámicas sociales, “ordenando y reordenando cuerpos, conceptos y objetos” (2006: 631). Pero la iteración, constitutiva de cualquier forma, no consiste en la repetición de lo mismo, sino que su misma eficacia es dinámica y puede generar, en sus cruces, efectos inesperados. Ninguna forma domina por necesidad o esencia sobre la otra y es más probable que entren en conflicto o se interrumpan entre sí, que coincidan perfecta y armoniosamente como realización una de otra –habitualmente, la forma “literaria” de la “social”–. Cuando se encuentran, nunca una forma triunfa absoluta sobre otra, ni

siquiera se llega a un compromiso, sino que, dice Levine, se da “una transformación de las posibilidades políticas de ambas” (2006: 651).

- 30 La vida social es para Levine un conjunto de formas inconmensurables entre sí, definidas precisamente por su falta de coincidencia. Por eso, entender cómo de esa disparidad se puede construir un proyecto político hegemónico exige el ojo atento de un crítico literario al modo en que lo dispar o lo no idéntico puede coincidir en una unidad o coherencia en la disparidad, a semejanza de un poema según los *new critics*. Esto es lo que según Levine hace que, por ejemplo, si pensamos la división binaria del género en dos esferas diferentes como, ante todo, un dispositivo formal binario opositivo, más allá de las funciones ideológicas y políticas que ha cumplido a lo largo de la historia, podamos afirmar que no es disciplinaria o restrictiva de por sí, esencialmente, como forma, por binaria, conservadora o negativa, sino que todo depende de las relaciones que guarde con otros dispositivos formales diferentes. Del mismo modo, la coherencia y la unidad formales no son siempre conservadoras del *statu quo*, ni la mezcla o la fractura formales siempre emancipatorias o liberadoras. Todo depende del horizonte formal relacional más amplio en que se inscriba la forma. El conflicto y el antagonismo son el punto de partida de Levine para pensar lo social: pero es un conflicto entre dispositivos formales, no entre intenciones o ideologías, individuales o colectivas. Y carecemos de un vocabulario analítico que nos permita pensar este encuentro de formas entre sí, frente al enorme vocabulario que sí tenemos para pensar la expresividad de las formas (la manera en que encarnan sentidos, intenciones o propósitos que las preceden lógicamente).
- 31 A la propuesta de Levine se le pueden criticar, por supuesto, su falta de densidad histórica y de especificidad literaria, resultado de su escasa atención a los aspectos institucionales, mediales y materiales de los fenómenos formales que estudia. Al mismo tiempo, sin embargo, sus análisis concretos siguen privilegiando los textos literarios, y por lo tanto no hacen completa justicia a su equiparación inmanente de formas literarias y sociales, aunque constituyen una defensa clara de la lectura crítica atenta y concentrada considerada, hasta no hace mucho, patrimonio exclusivo de los especialistas en estudios literarios. Con todo, su formalismo, que acerca su perspectiva más a la teoría del diseño que al viejo conocido formalismo literario de la filología, la estilística y el estructuralismo, constituye un posible punto de partida para el establecimiento de conexiones historiográficas entre fenómenos distantes en el tiempo, en el espacio y en las lógicas institucionales dominantes –entre géneros, por ejemplo–, aunque al precio de una abstracción radical que hoy, sin dudas, podría ser tachada de a- o antihistórica. Propuestas como las de Levine pueden servir de ejemplo de los alcances y los límites de cualquier neoformalismo: una extensión de los alcances de la forma más allá de los tradicionales cotos de caza de la crítica literaria puede potenciar el conocimiento comparativo que está en la base de cualquier historia de la literatura, pero deja en la incertidumbre –por razones teóricas que la propia Levine está, como hemos visto, dispuesta a defender– el recurso a marcos interpretativos ideológico-culturales y periodológico-epocales “de última instancia”, con los que tradicionalmente también se asoció la historización de la literatura.
- 32 La tercera y última propuesta de rearticulación de historia literaria y métodos de análisis crítico que consideraremos aquí es la del comparatista especializado en literatura china Eric Hayot. También está interesado en cómo la literatura produce, por su propia fuerza formal, un mundo, aunque no se preocupe tanto, como Levine, por su

relación con las formaciones sociales en sentido amplio, sino en uno más restringido. Hayot estudia los procedimientos de figuración en las obras como productores de una socialidad específica, la de los lectores, de una manera mucho más tradicional y mediada: a través del placer estético y la aspiración kantiana a una universalidad virtual del gusto. Para hacerlo, recurre a la idea de mundo ficcional, entendiéndolo como la contribución de la literatura a la imaginación de una base o marco compartidos para la vida social y la historia, que, por supuesto, no solo a ella corresponde conformar. Hayot estudia las formas en que la literatura construye mundo y produce totalidad, aunque imaginaria; y entiende que, además, los textos narrativos permiten percibirla con especial claridad y así descubrir, comparativamente, cómo en cada contexto y época se totaliza, es decir, se hace mundo. La postulación de estas formas de “mundialización”, de creación de un mundo, es esencialmente comparatística, y permite que la crítica se sustraiga del modelo de la lectura atenta centrada exclusivamente en el recurso, el género o el medio, de modo que el planteo de Hayot se puede contraponer con claridad tanto al de Levine como al de Moretti. El mundo es, para Hayot, eso que Levine rechazaba sobre presupuestos foucaultianos: la categoría mediadora entre tema y forma, y entre crítica e historia. Por sus alcances ontológicos, sostiene, podría incluso alumbrar nuevos modos de concebir la universalidad de la literatura en un sentido antropológico.

- 33 Hayot propone entonces diferenciar los elementos que en un texto están orientados a la construcción de mundo de aquellos que dependen de otros factores, y que correspondería estudiar desde otras perspectivas, dando así un nuevo fundamento al problema de la especificidad de los estudios literarios. De este modo, lista una serie de rasgos fundamentales de esta infraestructura de la creación de mundos por parte de la literatura que podrían servir para pensar textos y géneros de muy diversas procedencias, en un proyecto de inspiración auerbachiana, pero de alcance geográfico y cultural mucho más vasto<sup>9</sup>. Hayot trata de construir un andamiaje teórico-categorial lo suficientemente amplio como para posibilitar operaciones comparativas entre producciones ficcionales realmente distantes y, además, confrontarlas con el campo general de las construcciones de mundo, incluyendo las de la propia historia literaria. Por supuesto, un límite a su propuesta lo trazan los fenómenos literarios que no crean un mundo de ficción, aunque también es cierto que, desde su perspectiva, ese mundo se piensa de manera mucho menos restrictivamente lógica que en otras teorías anteriores de los mundos ficcionales.

## Conclusiones

- 34 A los efectos de cumplir con los propósitos reducidos de este trabajo, se puede decir que Hayot delimita más claramente los poderes de lo literario que Levine, a partir de una determinación más definida del objeto de estudio, que no son meramente las formas, sino los mundos de ficción. Y, al mismo tiempo, crea un engranaje a través del cual los entornos o medio-ambientes de las artes verbales en el sentido de Beecroft podrían dar lugar a modos de lectura crítica de materiales individuales específicos, sin, sin embargo, recaer, a pesar de su referencia kantiana, en la omnipotencia de modelos expresivistas de análisis ideológico de las formas: los alcances ontológicos de la pregunta “¿qué es un mundo?” o “¿cómo cada época o cada ámbito imaginan un mundo?” desplazan la rigidez de las maneras más tradicionales de concebir la



causalidad histórica, pero dan lugar a modos de articulación inmanente más determinados que los implicados por un rechazo más general y unilateral de la representación como el de Levine. El objeto de la historia literaria serían entonces las contribuciones de lo que hoy llamamos literatura a la construcción de mundos, a la imaginación de totalidades.

- 35 De este modo, vale la pena plantear la vieja pregunta, a la que Dilthey, Gadamer y la historia de la hermenéutica –ante el agotamiento del historicismo positivista– ya respondieron negativamente, sobre si la historia literaria puede prescindir –como propone Levine ahora a partir de Foucault, y como parecerían habilitar las técnicas de análisis digital de grandes volúmenes de datos– de la postulación de una concepción del mundo abarcadora que le sirva de marco. Ante la crisis radical de las filosofías de la historia surgidas del idealismo que, en su momento, le sirvieron para unir de forma articulada estética y acontecer, ¿es inevitable que la historia literaria deba proponer su propia filosofía de la historia, aunque ahora sea en la forma implícita de una mundanidad, en sentido laxo, imaginada?
- 36 Como escribía Juan José Saer en “La mayor”, “otros, ellos, antes, podían”, entonces, formular criterios de juicio y valoración históricos y a la vez estéticos y literarios: los filólogos, la estilística, la literatura comparada y las viejas historias de la literatura “nacionales” y “universales”. Pero lo hacían bajo la condición de definiciones muy restrictivas del mundo y del arte, centradas en las culturas de élite europeas formuladas en ciertas lenguas por cierto tipo limitado de personas y para ciertos públicos también limitados. Hoy se les oponen la traducción, la circulación, el cruce y la mezcla: la primacía de lo relacional en el interés de los estudios literarios recientes, ¿constituye ya una mundanidad –en sentido histórico-filosófico– alternativa? ¿Es capaz de dar lugar a la postulación de una totalidad imaginada alternativa? ¿O bien, a través de las vías a que tienden las perspectivas de análisis digital de colecciones muy vastas de datos, revisadas aquí más arriba, sería ya posible trazar relaciones entre fenómenos culturales distantes sin hacerlas depender de la postulación de un sentido último o, mejor, de un mundo en común, sino solo del algoritmo elaborado, con propósitos exclusivamente heurísticos, por parte de cada investigador? ¿Es siquiera concebible hoy, para el investigador literario y el historiador de la literatura, la tarea de elaboración de un marco interpretativo último –al menos en o desde la perspectiva de la disciplina–, es decir, la posibilidad de imaginar unos propósitos generales para la literatura y la cultura –de los que dependería la posibilidad de historiarlas y, por lo tanto, de desarrollar todas las operaciones relativas a esa tarea: seleccionar y valorar autores y obras, géneros y recursos, épocas y ámbitos? – ¿O debemos seguir intentando, imaginando que el manejo y la gestión de los datos empíricos sean capaces de proporcionar ellos mismos y por sí mismos los criterios respecto de a qué habría que prestarle más atención y dedicarle más trabajo?
- 37 Hay aquí quizás una lección respecto de las prácticas de los investigadores académicos: las categorías teóricas y los métodos pueden parecer, al neófito o al lego –y, a veces, al propio investigador desencantado–, sujetos a los vaivenes de los compromisos coyunturales o, incluso, de las modas. Sin embargo, es un entorno crítico, institucional y laboral reconocible el que proporciona la clave para comprenderlos, aunque ese entorno difícilmente pueda considerarse, sobre todo desde el punto de vista de los actores, un fundamento interpretativo contenido y resuelto en sí mismo, sino más bien un repertorio de problemas acuciantes por su imposible resolución actual: un mundo

abierto más que un marco absoluto ya definido como totalidad de sentido. Los cambios en el estatuto y la valoración social de la literatura y de los estudios literarios abren las prácticas de la crítica y la historia literarias a un escrutinio renovado y a nuevos desafíos: ellas conforman también los mundos que la literatura alumbró. ¿Implicaría esto, frente a la apuesta contemporánea por el archivo y por la comprobación empírica a gran escala gracias a las herramientas digitales, la necesidad de un retorno a los presupuestos hermenéuticos que guiaban a la filología y a la estilística? Quizás, más bien, la necesidad de una historiografía literaria teóricamente enterada, y así capaz de articular de una manera más confiable y convincente, pero también más aventurada e ingeniosa, el dato filológico positivo y material con la generalización especulativa e interpretativa que cualquier historia de la literatura demanda.

---

## BIBLIOGRAPHY

- Archer, Jodie y Matthew L. Jockers, *The Best-seller Code. Anatomy of the Blockbuster Novel*, Nueva York, St. Martin's Press, 2016.
- Beecroft, Alexander, *An Ecology of World Literature. From Antiquity to the Present Day*, Londres y Nueva York, Verso, 2015.
- , "Literatura mundial y literatura-mundo. Hacia una tipología de los sistemas literarios", *New Left Review* n° 54, 2009, Madrid, Akal, p. 85-96.
- Buffery, Helena, Stuart Davis y Kirsty Hooper (eds.), *Reading Iberia. Theory/History/Identity*. Oxford, Peter Lang, 2007.
- Casanova, Pascale, *La República mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2001. Traducción de Jaime Zulaika.
- Chakravorty Spivak, Gayatri, "Apéndice II", *Muerte de una disciplina*, Santiago de Chile, Palinodia, 2009, p. 127-129. Traducción de Pablo Abufom Silva.
- Farge, Arlette, *The Allure of the Archives*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2013. Traducción de Thomas Scott-Railton.
- Grossberg, Lawrence, *Estudios culturales en tiempo futuro. Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2012. Traducción de Gabriela Ubaldini.
- Hayot, Eric, *On Literary Worlds*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.
- Heise, Ursula, "Comparative literature and computational criticism: a conversation with Franco Moretti", Ursula Heise y otros (eds.), *Futures of Comparative Literature. ACLA State of the Discipline Report*, Londres y Nueva York, Routledge, 2017, p. 273-284.
- Jockers, Matthew L., *Macroanalysis*, Urbana, Chicago y Springfield, University of Illinois Press, 2013.
- Latour, Bruno, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial, 2008. Traducción de Gabriel Zadunaisky.

- Levine, Caroline, *Forms. Whole, Rhythm, Hierarchy, Network*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2015.
- , "Strategic Formalism: Toward a New Method in Cultural Studies", *Victorian Studies* vol. 48, nº 4, 2006, Bloomington, Indiana University Press, p. 625-657.
- Louis, Annick, "Notas acerca de una posible articulación epistemológica de los estudios literarios con las ciencias humanas y sociales", *Ex Libris* nº 2, 2013, Buenos Aires, Departamento de Letras, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, p. 210-220.
- Manovich, Lev, "The Science of Culture? Social Computing, Digital Humanities and Cultural Analytics", *Journal of Cultural Analytics*, 23 de mayo, 2016, Montreal, Department of Languages, Literatures, and Cultures at McGill University, p. 1-15.
- Martínez Tejero, Cristina y Santiago Pérez Isasi (eds.), *Perspetivas críticas sobre os estudos ibéricos*, Venecia, Edizioni C'Foscari, 2019.
- Mendoza, Juan José, *Los archivos. Papeles para la nación*, Villa María, EDUVIM, 2019.
- Moretti, Franco, *Atlas de la novela europea 1800-1900*, México, Siglo XXI, 1999. Traducción de Stella Mastrangelo.
- , "Conjeturas sobre la literatura mundial", *New Left Review*, nº 3, 2000, Madrid, Akal, p. 65-76.
- , (coord.), *Literatura en el laboratorio. Canon, archivo y crítica literaria en la era digital*, Barcelona, Gedisa, 2018. Traducción de Antonio Rojas Castro.
- Muñoz-Basols, Javier, Laura Lonsdale y Manuel Delgado (eds.), *The Routledge Companion to Iberian Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 2017.
- Pérez Isasi, Santiago y Angela Fernandes (eds.), *Looking at Iberia. A Comparative European Perspective*, Oxford, Peter Lang, 2013.
- Resina, Joan Ramon (ed.), *Iberian Modalities*, Liverpool, Liverpool University Press, 2013.
- , *Del hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- Tilly, Charles, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991. Traducción de Ana Balbás.
- Topuzian, Marcelo, "Introducción: entre literatura nacional y posnacional", *Tras la nación. Conjeturas y controversias sobre las literaturas nacionales y mundiales*, Buenos Aires, Eudeba, 2017.
- Uccella, Francesca R., *Manual de patrimonio literario*, Gijón, Trea, 2013.
- Underwood, Ted, *Why Literary Periods Mattered*, Stanford, Stanford University Press, 2013.
- Welskopp, Thomas, "Vergleichende Geschichte", *Europäische Geschichte Online (EGO)*, 12 de marzo, 2010, Maguncia, Leibniz Institute of European History, s/p.

## NOTES

1. Podrían considerarse un ejemplo paradigmático de un intento tal los nacientes estudios ibéricos, en su relación crítica con el hispanismo (Buffery, Davis y Hooper 2007; Resina 2009 y 2013; Pérez Isasi y Fernandes 2013; Muñoz-Basols, Lonsdale y Delgado 2017; Martínez Tejero y Pérez Isasi 2019).

2. La historia de la muerte del autor que Barthes esboza en el artículo que lleva ese título es una buena muestra de cómo las teorías de la textualidad no reemplazan la referencia a una lengua y una cultura nacionales, en este caso las francesas. Sus referencias a Mallarmé, Proust, el surrealismo y la lingüística estructural parecen hacer de la muerte del autor un hecho exclusivamente francés.
3. Lev Manovich ofrece el ejemplo de las reacciones personales ante una fotografía en las redes sociales a partir de “me gusta”. A propósito de la literatura, por ejemplo, se podrían sumar las calificaciones y las reseñas de un sitio como *Goodreads*. Pero cabe esperar que la generalización y automatización del registro de opiniones de usuarios que acompaña la cultura de plataformas provea cada vez más recursos para la recolección de datos de este tipo, todavía inimaginables.
4. Esto permitiría relativizar la crítica que Gayatri Spivak dirige, en *Muerte de una disciplina*, a las posiciones de Moretti: el manejo de grandes volúmenes de datos no solo puede dar lugar a la producción de material de referencia (127-129), sino también perfectamente aplicarse a un análisis intensivo de una sola obra en sus aspectos retóricos como el que ella reclama.
5. Moretti, de hecho, habla de una reliterización de los estudios literarios gracias a la gestión de datos: hoy pueden concentrarse nuevamente en estudiar los aspectos formales y estilísticos de los textos en sí mismos exclusivamente y reactualizar así los propósitos del formalismo ruso y el estructuralismo, sin abandonar la tarea general de una historia social de la literatura. Pero probablemente una historia social atenta a las formas sea capaz de descubrir nuevos ordenamientos formales de sus materiales: en este sentido se orienta, por ejemplo, la propuesta de Caroline Levine que revisaremos a continuación.
6. Los tipos propuestos por Beecroft, que tienen su modelo inicial en la literatura griega clásica, son el epicórico, ligado a una comunidad local exclusivamente, como la poesía arcaica griega, la poesía árabe preislámica o el arte verbal de pueblos originarios americanos; el pancórico, la circulación y negociación de diferencias entre comunidades epicóricas políticamente fragmentadas pero que comparten la lengua y algunos rasgos culturales, como en los casos de la épica homérica y la sánscrita; el cosmopolita, en el que una lengua de la cultura es compartida por sectores dentro de los hablantes de lenguas maternas diferentes, y la literatura en aquella lengua tiende a presentarse como un agente ideológico universalista, como en los casos de la literatura medieval latina o del uso del francés por parte de las élites europeas durante el clasicismo; el vernáculo, que implica una reacción frente a una literatura y lengua cosmopolitas previamente existentes en territorios amplios que no implican necesariamente una reivindicación de independencia política y pueden circular más allá de sus fronteras estrictas y competir entre sí, entremezcladas además con la lengua cosmopolita que todavía funciona como marco, como las literaturas en lenguas europeas en la temprana modernidad; el nacional, que se corresponde con el ámbito teorizado por Moretti y Casanova y se basa en una proyección de la historia de una literatura y sus prácticas contemporáneas tanto en un pasado puramente autóctono, como en un Estado político actual, y en una represión de cualquier variedad interna, de carácter dialectal, por ejemplo; y el planetario, un tipo más hipotético que todavía real, que implica la superación tendencial –que puede ser regional– del entorno nacional.
7. De hecho, invirtiendo simétricamente el planteo de Moretti acerca de la lectura distante, Levine propone una “social close reading” (2006: 632), es decir, una lectura atenta de las formaciones sociales como complemento necesario del análisis social de la literatura. Se trata de una manera de mostrar que, en un contexto en que las ciencias sociales y humanas en general, y los estudios literarios en particular, sufren la urgencia para demostrar su utilidad en términos políticos y sociales, las viejas experticias de los críticos literarios siguen siendo útiles, aun cuando no puedan restringirse ya solo a una supuesta “literatura en sí misma” definida exclusivamente en términos estéticos.

8. Levine es algo ambigua acerca de este punto: sugiere que este podría ser un planteamiento meramente heurístico, un constructo del método: “*como si* habitaran en el mismo plano” (2006: 648, subrayado mío).

9. El primero de estos rasgos es la amplitud, es decir, la economía de la atención narrativa entre primer plano y fondo, entre protagonista y personaje secundario, entre lo mostrado y lo solo sugerido. Lo que se narra ¿se muestra como más o menos abierto, espacial o temporalmente, pero también social, afectiva, psicológica, epistemológica, e incluso metadiegeticamente? ¿Deja espacio para elementos sugeridos a las que no se dedica la misma atención que a los centrales? El segundo rasgo es la completitud, que tiene que ver con cómo se presenta lo narrado en relación con lo que queda afuera de lo que se cuenta. El tercero es la estructura metadieética, la regulación de la apertura a la interpretación en un nivel distinto del de la diégesis, que puede tener mayor o menor densidad en un relato, y da la clave para diferenciar ámbitos de sentido cultural, por ejemplo, lo sagrado y lo profano, y sobre todo para pensar cómo se dan las relaciones entre ellos –por ejemplo, el encantamiento o el desencantamiento del mundo–. La interpretación puede ser figurada, narrativa –cuán vinculada está la aparición de un elemento con la estructura del relato– o lógica –la relación con un modo externo de interpretación de la realidad. El cuarto rasgo es la conectividad, el conjunto de lazos que se establecen entre los diferentes niveles o ámbitos del mundo de la diégesis y las posibilidades de convertir o cambiar un elemento por otro. Aquí se especifica cuán interrelacionados están los elementos del mundo y cómo y en qué nivel se dan los intercambios. El quinto rasgo es el sistema de personajes: como se distribuyen y la lógica de diferenciación entre ellos. El sexto es el dinamismo, referido a las modalidades y tipos de temporalidad de las acciones narrativas y, en general, a las maneras de la variabilidad en el relato.

---

## ABSTRACTS

Philology was the last model that managed to bring together the critical and historical claims of literary studies. Here we review the conditions of the recent rehabilitation of long duration and spatial extension. Can the intensive study of textual objects reconnect with a comparative literary historiography? Attention is paid to the discipline of comparative history and to the contributions of the digital humanities to contrastively analyze various theoretical proposals. Finally, the role of interpretive practices and their relationship with evaluation criteria are discussed.

La filología fue el último modelo que logró reunir las pretensiones críticas e históricas de los estudios literarios. Aquí revisamos las condiciones de la rehabilitación reciente de la larga duración y la extensión espacial. ¿Pueden volver a congeniar el estudio intensivo de objetos textuales con una historiografía literaria comparatista? Se presta atención a la disciplina de la historia comparada y a los aportes de las humanidades digitales para analizar contrastivamente diversas propuestas teóricas. Se discute, finalmente, el rol de las prácticas interpretativas y su relación con los criterios de valoración.

La philologie a été le dernier modèle qui a réussi à associer les prétentions critiques et historiques des études littéraires. Nous passons ici en revue les conditions de la réhabilitation récente de la longue durée et l'extension spatiale. L'étude intensive des objets textuels peut-elle

renouer avec une historiographie littéraire comparée ? L'attention est portée à la discipline de l'histoire comparée et aux apports des humanités numériques pour analyser de manière contrastive diverses propositions théoriques. Enfin, le rôle des pratiques interprétatives et leur relation avec les critères d'évaluation sont discutés.

## INDEX

**Mots-clés:** comparaison, analyse numérique quantitative, circulation, forme, monde fictif

**Palabras claves:** comparación, análisis digital cuantitativo, circulación, forma, mundo ficcional

**Keywords:** comparison, quantitative digital analysis, circulation, form, fictional world

## AUTHOR

**MARCELO TOPUZIAN**

Universidad de Buenos Aires>>>

mtopuzian@gmail.com